

7 DIAS DE MAYO

Por FLETCHER KNEBEL
y CHARLES W. BAILEY II



RESUMEN DE LO PUBLICADO

El Coronel Casey está preocupado por haber descubierto casualmente unos mensajes sobre carreras de caballos y la existencia de una base secreta de la que no había oído hablar nunca. Una serie de coincidencias, demasiado sospechosas, le hacen pensar que el General Scott pueda estar mezclado en una extraña maniobra relacionada con la operación «Alerta Roja» que se prepara para el sábado inmediato. Luego descubre que Scott ha tenido una entrevista secreta con el Senador Prentice, entrevista que niega al ser interrogado sobre ella. La actitud del país ante el tratado de desarme que acaba de firmarse, y los resultados de una encuesta del Instituto Gallup tienen intranquilo al Presidente de los Estados Unidos... Después de una entrevista con su íntimo colaborador Paul Girard, el Presidente Lyman recibe la visita de Casey, que ha solicitado una entrevista con toda urgencia, al añadirse a sus motivos de desconfianza otros que le hacen afirmarse seriamente en su idea. En efecto, el Presidente desconoce la existencia de la base misteriosa y del Econcom, y tiene informes desfavorables de un reportero de la televisión, Mac Pherson, con el que Scott mantiene estrechas relaciones. Por otra parte, desconfía de la manera cómo se ha preparado la «Alerta Roja» en lo que se refiere a su seguridad personal. En vista de ello, hace partícipe de sus dudas a Paul Girard, que de momento se muestra escéptico.

UNA BASE DEMASIADO SECRETA

MARTES

POR LA MAÑANA

Estaba en el comedor, y echando pestes, en voz baja, contra el pomelo mal presentado, cuando entró Esther Townsend.

—Tome un poco de café, Esther —dijo—. Esta mañana no se sabe qué es peor, si el tiempo o las noticias.

Resumió en cinco minutos el relato de Casey y sus propias deducciones.

—Quizá se trate de un malentendido, Esther. Pero hay que ponerlo todo en claro lo más rápidamente posible. De momento sólo cinco personas, además de usted y yo, deben saberlo. El Senador Ray Clark, Paul Girard, el Coronel Casey, Art Corwin y Todd. Si cualquiera de ellos telefona durante esta semana, sea la hora que sea, coja el recado.

—Más valdrá, entonces, que me quede a dormir aquí.

Hablaba en un tono neutro, y Lyman no podía deducir sus impresiones.

—¿Qué opina de este asunto?

—En su lugar yo pediría informes sobre la amigueta del General Scott.

—¿Qué amigueta?

—¿No lo sabe? —dijo Esther con una sonrisa zumbona, sacudiendo la cabeza como si la estupidez masculina le inspirase una profunda lástima—. No se habla de otra cosa desde hace dos años. El General se larga a Nueva York de cuando en cuando para ver a Millicent Segnier. Lleva la página de modas de la revista «Chérie». Dicen que se trata del gran amor...

—¡Vaya! De lo que uno se entera cuando trata de informarse sobre el tipo que le quiere quitar el puesto. Es un detalle interesante, desde luego, pero no creo que sea por ahí por donde podamos salvar a la República. Estamos perdiendo el tiempo. Dígame a Ray Clark que venga en seguida.

Ante la sorpresa del Presidente, el joven Senador no se mostró demasiado escéptico ante el relato del complot militar preparado

para el sábado. Conocía el mal humor reinante en el Ejército.

—Señor, es usted mi mejor amigo y sabe que haría cualquier cosa por usted. Pero esta vez quizá no se trate sólo de ayudar a Jordan Lyman.

La comisión de la Defensa nacional debía escuchar un informe de Scott aquella misma mañana. Clark intentaría sonsacarle sobre la base misteriosa. Art Corwin, jefe del Servicio Secreto de la Casa Blanca, le sustituyó en el despacho del Presidente. Lyman contó por cuarta vez la historia de Casey.

—¿Qué opina de esta historia, de esta hipótesis?

—¡Vaya! De lo que uno se entera cuando trata de

Segnier



Corwin sonrió y Lyman creyó descubrir en su rostro signos de afecto.

diez minutos bastarían

—Siempre hay alguien que intenta suprimir al Presidente de una u otra forma. Cada año interceptamos un centenar de cartas de locos que quieren cortarle el cuello, o envenenarle, o agujerearle la piel con una bala de revólver...

—El doctor Gallup ha debido estar hablando con todos ellos la semana pasada —interrumpió Lyman con una sonrisa melancólica—. Físicamente no corro ningún peligro. Lo que está amenazado es mi puesto. Y, por consiguiente, la Constitución.

—Viene a ser lo mismo. Si alguien quiere apoderarse del Gobierno tendrá que suprimirle antes o capturarlo... Por ejemplo, en un subterráneo de Mont Thunder...

—Art —dijo el Presidente—. ¿Qué le parecería si hiciésemos seguir a Scott, para ver qué se trae entre manos?

Corwin sonrió de nuevo.

—Es lo que iba a proponerle. Yo mismo me encargaré de ello.

Cuando Corwin salía, Esther anunció al ministro Christopher Todd. Lyman se levantó para recibirle y cogió de un cajón la caja de puros que le tenía especialmente reservada. Después contó de nuevo su historia. Terminó su relato con una sola pregunta:

—¿Cuál es el veredicto?

—Si tuviera que defender a Scott ante los tribunales de unos cargos tan pintorescos, en diez minutos habría demolido la acusación...

A sus sesenta años, Todd era abogado de varias sociedades importante de Wall Street cuando Lyman le nombró ministro.

—Hay que confirmar esta historia sin pérdida de tiempo. Si seguimos inactivos nos haremos reos de negligencia.

Abrió su cartera de mano y sacó de ella un largo bloc de notas amarillo.

—Esta tarde formaré mi plan de investigación. En todo caso, he de señalarle que no me proporciona usted muchos investigadores, señor.

—Póngase en mi lugar. Ojee una lista que comprenda un millar de amigos y colaboradores, mire a ver a cuántos les podría dar su entera confianza... Le sorprenderá el reducido número de los elegidos.

Jiggs Casey acababa de sacar la conclusión de que su carrera podía darse por terminada. ¿Por qué había obedecido al insensato impulso que le empujaba hacia la Casa Blanca con aquella historia ridícula? ¿Cómo había podido ocurrírsele, a raíz simplemente de ciertas coincidencias, que un oficial como Scott pudiese ser el instigador de un complot? Dios sabía si a Lyman no se le habría pasado por la cabeza telefonar a Scott para comunicarle que el responsable del Estado Mayor Interarmas necesitaba de los cuidados de un psiquiatra. Esta hipótesis se transformó en certeza cuando, poco después de las diez, Scott le llamó a su despacho. Le recibió amistosamente.

—Jiggs —le dijo—. Se ha dado demasiados malos ratos, últimamente, a causa de la alerta. Quiero que descanse. El sábado por la

mañana se incorporará de nuevo a su puesto. Pero tómese estos tres días de permiso.

una llamada de la casa blanca

Casey abrió la boca, pero Scott no le dejó tiempo para hablar.

—Escuche, Jiggs, he estado pensando. La noticia de su marcha se extenderá, y nadie pensará que se prepara una alerta, puesto que el responsable del Estado Mayor Interarmas se va de permiso. Considere que forma parte del sistema de camuflaje. Y no se trata sólo de las operaciones del sábado; quiero que esté en forma para el mes próximo. Es aún más importante.

—¿Cuándo debo irme, mi General? —preguntó con una voz que quiso ser firme.

—Inmediatamente —rugió Scott—. Bese a su mujer de mi parte. Y diviértase.

Antes de terminar su recorrido, Casey, profundamente deprimido, había sacado nuevas conclusiones. El Presidente Lyman debía haber telefonado a Scott para contarle su visita nocturna a la Casa Blanca y los dos hombres decidirían, de común acuerdo, que Casey, ese excelente oficial, necesitaba descansar un poco. Si, seguro que así es como habían pasado las cosas. Cuando llegó a su casa estaba sonando el teléfono. Fue a contestar sin quitarse el impermeable que estaba chorreando.

—¿El Coronel Casey?

—Sí, soy yo —respondió sin reconocer la voz que le hablaba al otro extremo de la línea.

SIGUE

informarse sobre el tipo que le quiere quitar el puesto. Es un detalle interesante, desde luego... —comentó el Presidente Lyman a su secretaria, Esther Townsend.



7 DIAS DE MAYO

La secretaria del Presidente de los Estados Unidos da una posible clave: "Cherchez la femme". ¿Quién era en realidad Millicente Seigner?

En lo más enconado de las discusiones, una noticia de orden familiar vino a interrumpir la reunión. El Presidente acababa de ser abuelo. Políticamente, aquello podía suponer un aumento en la cuota de popularidad de Jordan Lyman, la más baja que se recorbaba desde hacía muchos años...

Era estrictamente necesario que una persona de la entera confianza de la Casa Blanca realizara urgentemente un viaje a El Paso. Sólo así podría saberse si la misteriosa base de que tanto se hablaba tenía o no una existencia real.

Si el complot existía realmente, era preciso aplastarlo sin que el país llegase siquiera a sospecharlo.

—Coronel, soy Esther Townsend, de la Casa Blanca.

Casey se dejó caer en un sillón.

martes por la noche

Un poco antes de las dos, Esther Townsend llevó un sobre oscuro al Presidente Lyman. Era el informe del Coronel Casey.

Lyman subió al tercer piso, atravesó el vestíbulo y franqueó la pequeña rampa que conducía al solarium. Christopher Todd estaba ya instalado en un enorme sillón de cuero. Jordan Lyman venía muy de tarde en tarde a este lugar, a pesar de que le gustaba. Había sido añadido el edificio principal por Harry Truman, en 1951, y construido completamente en cristal y acero, con el suelo recubierto de linoleum y un techo bajo y sin adorno ninguno. Eisenhower jugaba al bridge allí; los Kennedy habían renovado el mobiliario de mimbres, habían añadido dos cuartos de baño y habían convertido la pieza en sala de juegos para Carolina y John. Los Frazer la habían dejado tal como estaba para sus nietos, y Doris Lyman la había transformado en lugar de reposo para su marido. Lyman conservaba un recuerdo de la presencia de Carolina, un pato azul de plástico encaramado al reborde de la ventana. Girard, Clark y Corwin llegaron uno tras otro en los minutos que siguieron. Casey atravesó el umbral en el preciso momento en que sonaban las dos. Lyman le presentó a Todd, que no le conocía. Cuando todos estuvieron sentados, el Presidente cogió sus gafas y separó dos hojas del informe de Casey.

—He aquí el resultado del último examen médico del Coronel Casey. Creo que el comentario del psiquiatra le interesará. He lo aquí: «Este oficial es normal desde todos los puntos de vista. No presenta síntomas de ansiedad, ni fobias, ni siquiera los pequeños trastornos psiquiátricos propios de su edad. Pocos de los hombres examinados en este servicio presentan una salud mental tan perfecta».

Todd, Clark y Corwin miraron sonrientes a Casey, que no pudo evitar el enrojecer.

—Felicítase por el veredicto del psiquiatra, Coronel —dijo Todd—. Pocos hombres de esta ciudad obtendrían uno similar...

Los seis hombres sacaron las conclusiones de la situación.

El Senador Clark comunicó las preguntas que le había hecho a Scott sobre las comunicaciones, y sus respuestas evasivas.

—Scott ha interpretado perfectamente su papel. Especialmente esta mañana. Nunca había oído una declaración tan buena como la que ha hecho ante el comité.

—Sí, eso es muy propio de la personalidad de Scott —subrayó Lyman—. Nunca he dudado de su sinceridad ni de su patriotismo. Por eso le he nombrado Presidente del Estado Mayor Interarmas. ¿Qué piensa de todo esto, Jiggs?

—El General Scott no ha sido nunca un intrigante. Hay arrivistas en el Pentágono, lo mismo que los hay en la política, pero ya recuerdan la anécdota sobre Mac Arthur, que cuando oía el himno nacional se volvía a su esposa y le decía: «He aquí nuestra canción, querida». Siempre he pensado que también es la canción de Scott...

—¿Nadie tiene nada que añadir? —preguntó Todd.

—Hoy he seguido a Scott, según órdenes del Presidente —replicó Corwin—. Cuando abandonó el Senado, Prentice subió a su coche con él. Unos minutos más tarde, el General Riley y el General Hardesty se han reunido con ellos y, después, el General Dieffenbach, que llegó en un coche del ejército. Todavía estaban juntos cuando me he visto obligado a volver. Verdaderamente no se puede decir que se hayan dado prisa para comer...

cinco puntos más por el bebé

Todd se golpeó los dientes con el lápiz.

—Como saben, el Almirante Palmer no asistió ayer a la reunión del Estado Mayor Interarmas. No es que esto sea especialmente significativo, pero su ausencia hoy resulta mucho más interesante. Es el único jefe que faltó. Señor, ¿por qué no convoca a Barney Rutkowski? Cuando esté aquí, mándele a ver a Palmer con cualquier pretexto. Seguro que le hace hablar.

Llamaron a la puerta. El jefe del servicio secreto entreabrió ligeramente los batientes, y luego, al reconocer a Esther Townsend, los abrió por completo. La secretaria tenía una amplia sonrisa.

—Perdone que le moleste, señor, pero acaba de ser abuelo. Una niña. Liz está bien.

—Dios mío, lo había olvidado por completo. Perdóneme un segundo, por favor. Tengo que llamar a mi esposa.

Los fotógrafos llegaron en bandada en el momento en que el Presidente decía a su mujer que la echaba mucho de menos —lo que era verdad—, pero que podía quedarse al lado de su hija hasta el lunes.

—Está demasiado serio para acabar de ser abuelo, señor Presidente —dijo el fotógrafo de la Associated Press—. Sonría.

Lyman obedeció, y se ofreció a los fogonazos de los «flashes», pero sacudió la cabeza en signo negativo cuando le solicitaron otras poses. Después de asegurarse de que los periodistas habían cogido el ascensor pidió a Esther que le pusiera al habla con el General Barney Rutkowski.

Todos felicitaron a Lyman. Clark declaró que el bebé le valdría por lo menos cinco puntos más en el próximo sondeo de opinión.

—Barney llegará esta noche —anunció Lyman—. Le mandaré a ver a Palmer. Pero, ¿qué voy a decirle?

—Lo más urgente es esclarecer el misterio del Econcom —dijo Todd—. ¿Tenemos alguna prueba de su existencia?

Lyman señaló a Girard con un gesto.

—Paul, léanos la lista de bases que ha obtenido esta mañana.

Girard enumeró diecisiete instalaciones. Todas, excepto cinco, se encontraban en ultramar. Dos de esas cinco eran refugios subterráneos destinados a los miembros del Gobierno en caso de guerra atómica. Los otros tres se utilizaban como depósito de armas nucleares. No había ninguna base en los alrededores de El Paso, ninguna que respondiera al nombre de Econcom. Ni en Estados Unidos ni en el extranjero existía un sector «Y», que Fullerton supiera.

el viaje a el paso

—Pretende que este nombre no ha sido utilizado más que una vez por Los Alamos, cuando se fabricó la bomba atómica, en 1945 —dijo Girard.



—Hoy he seguido a Scott, según órdenes del Presidente —replicó Corwin—. Cuando abandonó el Senado, Prentice subió a su coche con él. Unos minutos más tarde...

—No habría sido capaz de recitar esta lista de memoria —dijo Lyman—. Pero sé que cada base ha sido autorizada por alguno de mis predecesores o por mí. Además, recuerdo perfectamente que al día siguiente de mi elección fui informado en detalle sobre todas las instalaciones de este tipo y no había ninguna base secreta en El Paso.

—Lo más normal, señor, sería telefonar al General Scott para preguntárselo —dijo Todd—. Si lo niega, ordénele que le acompañe a El Paso en visita de inspección. Si la base no existe, bronca para el Coronel Casey y excusas al General Scott. En caso contrario, dispersa las tropas del Econcom y destituye a Scott por insubordinación.

Los cinco hombres tenían los ojos fijos en el Presidente. Lyman sonrió.

—¿Me aconseja seriamente que actúe así?

—No sería política, sino locura, señor.

—Volvamos la situación del revés —dijo Lyman—. Supongamos que encontramos la base y exijo la dimisión de Scott. Respondería, sin género de dudas, que le he dado una autorización verbal. Se entablaría una lucha en el Congreso, y los periódicos podrían dividir al país literalmente en dos bandos.

—Dios mío —suspiró Girard—. No olviden el ambiente que reina actualmente en el país. A pesar de todo el afecto que tengo por el Presidente, si en este momento se opusiera su palabra a la de Scott no apostaría un céntimo por su pellejo.

—Gracias, Paul —dijo Lyman, con acento sarcástico, pero con una sonrisa de asentimiento.

—No se trataba de un consejo —dijo Todd—. Pero mi instinto me recomienda ir al puerto por derecho cuando se avecina una tempestad...

—Por eso ha sido usted nombrado ministro de Hacienda en lugar de ser elegido Gobernador o Senador —dijo Lyman lentamente.

—Así pues, es preciso que alguien vaya a El Paso —dijo Todd—. Imposible telefonar o hacer preguntas. Hay que ir allí.

Interrogó con la mirada a los demás.

—Esther pretende que Scott tiene una amante en Nueva York. Eso podría ser interesante —dijo Girard.

—En efecto —dijo Casey—. La conozco.

Lyman dio unas palmadas al oficial.

—Vaya, vaya, su informe no consigna que sea usted un donjuán, Coronel.

Casey enrojeció:

—Conozco a una de sus amigas de Nueva York —explicó—. Más bien debería decir que conocía en Nueva York a una joven que la conocía cuando yo conocí a esta joven en Nueva York.

Se paró de repente. La risa ruidosa de Clark preludiaba una alegría general.

—¿Esté aún en relación con esta dama? —preguntó Todd.

—No —exclamó Casey enérgicamente, enrojeciendo de nuevo, mientras Girard reía—. Es decir, no la he vuelto a ver, pero sé que sigue escribiendo para la televisión.

—Problema resuelto —comentó Todd.

—Por favor... —suplicó Casey, aterrado por la perspectiva.

El Presidente intervino.

—No tenemos elección, Jiggs.

—Por otra parte —dijo Todd—, uno de nosotros tiene que ir a Nueva York para informarse sobre Mac Pherson. Es posible que ande metido en el complot, por inverosímil que ello parezca. No creo que le sea posible apoderarse de la televisión para crear un clima de histeria colectiva...

Casey intervino en voz baja pero tajante.

—De esto sé yo un rato largo. Si el General Scott se asegura el dominio de la televisión podrá impedir, durante muchas horas, que el Presidente se dirija a la nación..., incluso si dispone de libertad de movimientos.

—Poniéndonos en lo peor —dijo Todd—, llegamos al Comandante en jefe de la VI Flota, al Almirante Barnswell, que se ha negado a asociarse a la apuesta. Esta negativa adquiere una enorme importancia si es que es verdad que se está preparando un complot, lo que no creo, y si los mensajes están realmente en lenguaje cifrado, lo que me deja igualmente escéptico...

no hablamos el mismo idioma

Lyman se rebulló en su silla.

—Ya estoy decidido a enviar a Paul a Barnswell. Puede irse esta noche en el avión del Vicepresidente sin llamar la atención.

—Perfecto —dijo Todd—. ¿Alguno de ustedes tiene informes sobre Barnswell que puedan serle útiles a Paul?

—En el Pentágono, Barnswell tiene **SIGUE**

CINE EN CASA
CON PANTALLA
GIGANTE

con el televisor

 **SYLVANIA**
International

de 27

pulgadas
a cualquier distancia
con toda comodidad
y perfección
verá y oirá
como en el más
confortable cine



IGSBERT

Garantía TOTAL de UN AÑO, incluidos tubo de imagen, válvulas y mano de obra

**7 DIAS
DE MAYO**

fama de indeciso. Se las arregla siempre para no comprometerse y para no correr ningún riesgo —dijo Casey.

—Quizá le convenga llevar una carta mía, Paul —dijo Lyman.

Cogió una hoja de papel con un sello de oro y escribió rápidamente.

—Tendrá que arreglárselas para ir desde Roma a Gibraltar, Paul —dijo Lyman tendiéndole la carta, después de haber cerrado el sobre.

—Procure obtener una declaración escrita —aconsejó Todd—. Su palabra no sería suficiente ante un Tribunal, en el caso de que Barnswell o Scott le demandaran por falsedad.

La reunión tocaba a su fin.

—Que cada uno se las arregle para estar de vuelta el jueves a mediodía lo más tarde —dijo Todd—. Si Casey no se ha equivocado no nos quedarán más que cuarenta y ocho horas para actuar.

Lyman hizo que se quedaran con él Clark y Girard, una vez que los otros hubieron salido.

—Les admiro a los tres, pero no hablamos el mismo idioma.

—No son hombres políticos —dijo Girard.

—He decidido que, si el complot existe, es preciso aplastarlo sin que el país llegue a enterarse. Nos hacen falta pruebas muy sólidas para obligar a Scott a dimitir... con otro pretexto.

El Presidente estrechó la mano a los dos hombres.

—Vuelvan lo antes posible. Y no olviden que estoy solo frente a nueve Generales y Almirantes, o quizá más.

Cuando todos se hubieron ido, Lyman se acercó a la ventana. La bruma estaba disipándose, las luces de la ciudad teñían de oro las nubes bajas.

«Será una lucha entre Lyman y Scott —pensó—. Incluso si otros toman parte en él. Y el duelo tendrá lugar antes del sábado. Si por lo menos estuviera aquí Doris...»

Copyright 1963 by Harper & Row Publisher Inc.

La traducción castellana de la obra original de Fletcher Knebel y Charles W. Bailey II, aparecerá en España a principios de noviembre próximo, en la colección Ancora y Delfín de Ediciones Destino.

Los dibujos de Adolfo Estrada se han inspirado en el film Paramount interpretado por Frederic March, Burt Lancaster y Kirk Douglas, cuyo estreno mundial tendrá lugar en los Estados Unidos el próximo diciembre.

EN EL PROXIMO NUMERO:

MIERCOLES

EL ALMIRANTE CONFIESA Y FIRMA

OTRO
"ESPECIAL"
DE

triumfo

**TVE
64**

UNA
RADIOGRAFIA
PERIODISTICA
DEL
ESPECTACULO
MAS POPULAR
DE
ESPAÑA

**TVE
64**

UN NUMERO
"EXTRA"
EN EL QUE
ENCONTRARA
TODOS
SOBRE LA
TELEVISION
ESPAÑOLA
QUE
ESTRENA
PROGRAMACION

PRONTO EN

triumfo

**TERGAL®
PARA ELLOS**

En el vestir diario
un sello de elegancia práctica.



TERGAL® sólo es
TERGAL® si lleva
la etiqueta
TERGAL®
numerada

**TERGAL®
VISTE ACTUAL**

SOCIEDAD ANÓNIMA DE FIBRAS ARTIFICIALES S.A.F.A. - MADRID - BARCELONA - BLANES

